

Horacio

Epodos Odas

Introducción, traducción y notas
de Vicente Cristóbal



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1985
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, la traducción y notas: Vicente Cristóbal López
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-329-3
Depósito legal: M. 31.332-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción, por Vicente Cristóbal
- 61 Fechas en la vida de Horacio

- 63 Epodos
- 95 Odas
 - 97 Libro I
 - 140 Libro II
 - 166 Libro III
 - 208 Libro IV
 - 234 Canto Secular

- 239 Índice de nombres propios

*A mi maestro, Antonio Ruiz de Elvira.
Y a mis alumnos de ayer, de hoy y de mañana.*

Introducción

Presentamos aquí traducidas las dos obras líricas del poeta de Venusia, Quinto Horacio Flaco, que durante siglos ha sido para Occidente maestro y puntal de aquel tipo de poesía cantada, en sus orígenes, al son de la lira.

De los antiguos géneros poéticos, creados por los griegos y recreados por los latinos, éste es el único que ha sobrevivido hasta nuestros días; pues bajo el desnudo nombre de poesía hoy parece arrojarse sin más el concepto de lo lírico, aun contando con la reabsorción a su órbita de competencias de otros de los géneros del clasicismo tales como la elegía o el epigrama. De los demás no quedan apenas vestigios, sea por haber desaparecido del todo, una vez muerta la circunstancia en que amanecieron e innecesaria ya la función que cumplían, sea por haberse transformado en cualquiera de sus elementos hasta el punto de hacerse irreconocibles. ¿Qué queda hoy, por ejemplo, de la vieja epepeya al estilo de Homero

y Virgilio?, ¿quién tendrá suficientes motivos y aliento para cantar a la guerra o quién será el atrevido que dedique 10.000 versos como mínimo (pues 15.693 tiene la *Ilíada* y 9.896 la *Eneida*) a narrar las hazañas de algún héroe? (¿hay héroes todavía?, preguntará incluso alguien). Podremos decir, en todo caso, que la épica hoy se ha refugiado en los anchos cauces de la novela o incluso que ha sido absorbida por el cine, perdiendo ya todo vínculo con la poesía. Más aún, ¿quién no se escandalizará en nuestros días al oír hablar de poesía didáctica, etiqueta que ya en mente de algunos vendría a ser casi como una antítesis? Para didáctica ya están las enciclopedias, los manuales y los recetarios. Por otra parte, tienen una singular camaradería con las musas antiguas aquellos que todavía juntan poesía y teatro. Y así podríamos alargar la lista de géneros perdidos, metamorfoseados o sustituidos, con una cantilena que sonaría al tópico del *Ubi sunt?* Hoy, en suma, prácticamente excluidos del ámbito de las bellas letras géneros como el ensayo y la historiografía, parece que todo lo literario tienda a encasillarse en alguno de los tres apartados: poesía, novela o teatro, que son, a su vez, transmutación de la tripartición poética: lírica, épica y dramática, respectivamente, a que quedó reducida en el Renacimiento la abigarrada constelación de géneros poéticos antiguos.

Pues bien, de lo que contemporáneamente se entiende como genuina poesía, han sido las *Odas* de Horacio, más que sus *Epodos*, módulo y paradigma hasta los tiempos recientes del Romanticismo, en que el lirismo se perfiló y encerró, casi exclusivamente, en el cercado angosto de la manifestación subjetiva, límite al que no se circunscribe,

ni mucho menos, la lírica horaciana. Es ésta, sin duda, la principal discoincidencia entre su poética y la actual noción de lo lírico, o lo que es lo mismo, de lo poético.

Pero dejemos de adelantar descripciones de la obra y vayamos primero a fijarnos, como es de rigor, en la persona y circunstancia de su autor.

Biografía de Horacio

Nació el 8 de diciembre del año 65 a.C. en la ciudad sureña de Venusia (hoy Venosa), en la tobillera –por así decirlo– de la bota que dibuja en el mapa la península Itálica. Le cupo vivir en una época verdaderamente crítica y crucial en la historia de Roma y de la Humanidad, momento en que las continuadas guerras civiles entre romanos dieron al traste con la República como forma de gobierno; y tiempos de tránsito de un mundo a otro, de una era a otra, «plenitud de los tiempos» –para decirlo con frase paulina (*Ad Gal.*, 4, 4)–, pues Horacio murió ocho años antes tan sólo de que en Palestina empezara a gestarse la revolución cristiana.

Si echamos una mirada panorámica a su vida, ésta se nos antoja mediatizada y determinada por su contacto con una serie de personas, jalones a lo largo de su existencia: su padre, en primer lugar; el maestro Orbilio; Bruto, asesino de César; Virgilio, el más ilustre poeta de su generación; su imponderable amigo Mecenas; y por último, Augusto, el príncipe. Ellos mayormente –según lo que nosotros sabemos–, aparte de su deuda con filósofos y poetas, lo encaminaron a ser lo que fue.

Su padre era un liberto, cosa de la que nunca se dolió el poeta, y ejercía el curioso oficio de cobrador de subastas (*coactor exactionum*), medianero monetario entre compradores y vendedores. No consta que tuviera más hermanos ni se nos dice tampoco nada de su madre; dedúcese de silencio tal que muriera cuando él era aún muy pequeño, y corrobora esta hipótesis el hecho de que nos hable de su nodriza Pulia en una de sus *Odas* (III, 4, 10). De modo que es de suponer que, desde muy pronto, padre e hijo quedaran frente a frente como únicos miembros de la familia, siendo consecuencia de ese cariño exclusivo –según testimonio entrañable del propio Horacio– la excepcional atención paterna de que gozó. En efecto, cuidando de darle una más esmerada educación, desestimó para ello la escuela local, de la que era maestro un tal Fulvio, y lo llevó a Roma para que se instruyera en las mismas escuelas que los hijos de caballeros y senadores, instalándose él mismo en la capital.

Todo el que veía mis vestidos y el séquito de mis esclavos, dignos de la gente de alcurnia entre la que me movía –dice el poeta en elogio de su progenitor–, creía que era la herencia de mis abuelos la que me proporcionaba aquellos lujos. Mi padre mismo me acompañaba siempre en mis lecciones cual guardián insobornable. ¿Qué añadir a esto? Mi castidad, gala primera de la virtud, la preservó no sólo de toda acción vergonzosa, sino también de cualquier infamante agravio. No hubo de temer que nadie le reprochara algún día si yo, agente de ventas o cobrador, como él mismo lo fue, obtenía un menguado salario; y no me habría quejado de ello; pero ahora, por eso mismo, se merece por mi parte el aplauso y

un mayor agradecimiento. Nunca me avergonzaré de un padre tal, mientras me mantenga en mi sano juicio, ni me defenderé, como hace tanta gente, diciendo que si no tiene padres nobles y esclarecidos no ha sido por culpa suya. Mis palabras y mis convicciones difieren mucho de las de esos individuos (*Sat.*, I, 6, 78-93).

En esta etapa de su vida aparece el nombre del maestro Orbilio, inseparablemente unido al adjetivo con que Horacio lo tizna (*Epist.*, II, 1, 70): «aficionado a los palmetazos» (*plagosus*). Con él, que –como se ve– no le dejó ningún grato recuerdo, leía la traducción de la *Odisea* de Livio Andronico.

Después de su aprendizaje en Roma bajo la férula de Orbilio y otros maestros, a instancias del padre marchó a Atenas, como era usual entre los hijos de familias distinguidas, para culminar su educación escuchando a los filósofos y ampliando sus conocimientos de literatura griega. Era el año 45, y Horacio contaba ya casi veinte de edad. De entonces datarían sus versos en griego, de los que tenemos noticia pero que no se nos han conservado. Su padre debió de morir también por esas fechas. Su adolescencia había transcurrido con el telón de fondo de la guerra civil cesáreo-pompeyana; en el 48 había tenido lugar la decisiva victoria de César en Farsalia, que lo encumbraría como dictador; cuando Horacio llegó a Atenas en el 45, César llevaba a cabo su campaña en Hispania; y el 15 de marzo del 44 (idus de marzo) César fue asesinado.

Tras la muerte de César, los tiranicidas marcharon fuera de la urbe. Bruto se estableció en Atenas, donde se rodeó de un círculo de jóvenes, adictos a la República, en-

tre los que se contaba Marco, hijo de Cicerón, Mesala y el propio Horacio. En tanto que seguía con ellos las lecciones de los filósofos, se aprestaba también para la guerra y a tal fin se aseguraba las tropas de Macedonia. A Horacio precisamente lo honró con el cargo de tribuno militar. Y como tal tomó parte —una muestra más de la tan frecuente vinculación histórica entre armas y letras, cual en Garcilaso o Cervantes más tarde se daría— en la batalla de Filipos (año 42), que trajo la derrota a las tropas republicanas de los asesinos de César. Años después recordaría el poeta tan duros momentos, cuando deshonrosamente abandonó el escudo¹, en una oda dirigida a su camarada Pompeyo Varo (II, 7, 1-10).

Acogiéndose a la amnistía que otorgaron los triúmviros a los soldados del bando vencido, volvió a Roma. Allí se vio desposeído de la casa y hacienda de su padre en Venusia, a causa de los repartos de tierra que se hicieron entre los veteranos de la facción vencedora. Pudo aún, acosado por la indigencia, comprarse el cargo de escriba del cuestor y combinar con este trabajo sus primeros pasos en la literatura. Comenzó entonces a escribir sus *Epodos* y *Sátiras*. Corría el año 41.

Fue sin duda en la escuela epicúrea de Nápoles, que entonces debió de frecuentar, donde conoció al que sería para las generaciones futuras cumbre por excelencia de la literatura romana, Virgilio, al que Horacio califica de «mitad de mi alma» en una de sus odas (I, 3, 8). De la

1. Cfr. *Odas*, n. 236. Discusión sobre el tema en Fränkel, *Horace*, Oxford, 1980 (= 1957), pp. 11-12. Y ya antes en A. Magariños, «Horacio, oda 11, 7, 11-12», *Emerita*, 22, 1954, pp. 215-219.

admiración sentida por la persona del mantuano, que era cinco años mayor que él y se había dado ya a conocer como poeta, nos habla directamente en algunas de sus *Sátiras* e indirectamente a través de la deuda temática que se detecta en ciertos *Epodos* (II y XVI especialmente) con respecto a las *Bucólicas*. La anécdota de *Sat.*, I, 5, donde cuenta el viaje que más tarde, en el año 37, hizo a Tarento junto con Plocio, Vario y Virgilio en seguimiento de Mecenas, que acudía allí para establecer negociaciones con Marco Antonio, nos pone bien ante los ojos cuál era la relación amistosa que mediaba entre aquellos colegas de literatura. Dos años antes habían sido precisamente Virgilio y Vario quienes lo habían presentado a Mecenas en una entrevista que en principio no pareció tener mucho éxito, pero que a la postre daría cauce a su vida. Y, sin embargo, a pesar de tan estrecha relación con el vate de Mantua, Horacio siguió en pensamiento y en obra literaria su propio camino, bien distinto del de aquél.

La entrevista con Mecenas, poetizada en *Sat.*, I, 6, 54-63, transcurrió así: Virgilio y Vario hablaron de Horacio al colaborador de Augusto; lo trajeron a su presencia; díjole el poeta tartamudeando cuál era su situación; Mecenas, que era hombre de pocas palabras, se da por enterado sin más y lo despide. Imaginamos su frustración y decepción ante el aparente fracaso. Pero, como si su definitiva intromisión en el mundo de la cultura augústea se hubiera gestado milagrosamente en el vientre de una madre, «al cabo de nueve meses –dice el poeta, dirigiéndose a Mecenas– me vuelves a llamar y me pides que me incluya en el número de tus amigos. Eso lo tengo yo a

mucha honra: haberte agradado a ti». Desde ahora y hasta el final de su vida, la amistad con Mecenas será factor decisivo y sello de toda su obra literaria: el nombre del consejero del príncipe se lee por doquier en sus poemas, muchos de los cuales le van dedicados. A la buena sombra de tan buen árbol tuvo Horacio su cobijo. Mecenas, por su parte, no le iba a la zaga en demostraciones de afecto; la *Vita Horatii* suetoniana nos transmite tres versos de un epigrama suyo que dicen así: «Si no te aprecio ya más que a mis entrañas, Horacio, veas tú a tu amigo en el extremo de la delgadez», palabras que adquieren su sentido pleno a sabiendas de la extraordinaria obesidad de Mecenas; también el biógrafo, a colación de tal propósito, recuerda la recomendación que Mecenas hace a Augusto en su testamento: «acuérdate de mi amigo, Horacio Flaco». En suma, desde esta fecha tenemos a Horacio formando parte del famoso círculo literario, ágora de las figuras más señeras de aquel momento, el más brillante, a su vez, en la historia de las letras latinas. Mecenas le regaló además una finca en Sabina que hizo las delicias del poeta, tan amante del campo. Allí se retiraba huyendo de las molestias urbanas, de allí brotaba su poesía, que lleva tan a menudo la impronta de un ocio tranquilo en comunión con escenarios agrestes. Sin embargo, bien dicho está que «no todo el campo es orégano» y también el campo tuvo sus riesgos para Horacio: unos años más tarde, en las calendas de marzo del año 30, la caída accidental de un árbol estuvo a punto de costarle la vida; el suceso lo recuerda en varias de sus odas y celebraba anualmente —dice— el día en que se vio salvado de tan mortal peligro.

Entretanto, la vida pública había seguido su curso. Negociaciones de Tarento y prolongación del triunvirato hasta el 33. Victoria de Agripa sobre Sexto Pompeyo en Nauloco (año 36). Crecía el prestigio de Octavio, mermaba el de Marco Antonio. Rumores de pretensiones orientalistas por parte de este último. Hasta que, por fin, caducado el pacto triunviral, se llega al enfrentamiento. La victoria de Accio (2 de septiembre del año 31) proporciona a Octavio un triunfo resonante. Suicidados Antonio y Cleopatra, el sobrino de César se constituye en señor del Imperio.

De todos estos acontecimientos hallamos eco en las *Odas*, que Horacio comenzó a escribir por aquellos años. A partir de ahora, en su obra se reflejan también las consignas de renovación moral que pretendía el *princeps*, quien, por mediación de Mecenas (como Mecenas por mediación de Virgilio), llegó a conocerle bien y a intimar con él, hasta el punto de que, según la *Vita* —que cita al propósito una carta de Octavio a Mecenas—, le ofreció el cargo de secretario suyo. Pero Horacio rehusó alegando, al parecer, razones de salud y Octavio no se molestó por ello. La *Vita* es bastante prolija acerca de las relaciones entre el príncipe y el hijo del liberto, y cuenta que, entre otras bromas, el señor de Roma llamaba a nuestro poeta *purissimum penem* y *homuncionem lepidissimum*. Tuvo Octavio en mucha consideración su obra, y buena prueba de ello es que a ningún otro sino a él le encargó la composición del *Canto Secular*, pidiéndole también que celebrara las victorias de sus hijastros Druso y Tiberio. Se hace eco además Suetonio de una anécdota singular ocurrida entre ambos, de la que halló asimismo testimo-

nio epistolar: después de leer las *Sátiras*, el príncipe se queja a Horacio de que no se haya dirigido a él en ninguna pieza de dicha obra: «¿acaso temes –le reprocha– que te traiga mala fama en la posteridad el aparecer como confidente mío?». Y Horacio le dedica, a raíz de ello, la primera del segundo libro de sus *Epístolas*, cuyos primeros versos dicen así: «Puesto que tú solo te ocupas de tantos y tan importantes negocios (defiendes a Italia con las armas, la engalanas con las buenas costumbres, la reformas con las leyes), pecaría yo contra el bien público si entretuviera tu tiempo, César, con una larga conversación». No sabemos si es sincera o irónica tanta modestia, aunque suena más bien a lo último.

A partir de ahora su vida, dividida entre el ocio y la poesía, se vuelve pobre en acontecimientos dignos de relieve.

Otros sucesos, otras personas, que no encontraron lugar en la historia escrita, debieron marcar su vida. No sabemos, por ejemplo, el auténtico nombre de las mujeres que amó y conoció, puesto que parece que muchas de las Cínicas, Lidias, Galateas, Glíceras, Pirras, Neeras, Tíndaris, Cloes, Inaquias, Lálages, Cloris y Frines lo tuvieron fingido en su poesía, pero mujeres reales, aunque no fueran tantas, latentes bajo tales seudónimos, animarían la vida ociosa de este perpetuo solterón. Igual duda subsiste respecto a un tal mancebo Ligurino.

En el año 23 aparecieron publicados los tres primeros libros de las *Odas*. En el 17, en el transcurso de los Juegos Seculares, organizados por Augusto con toda pompa y esplendor, se cantó el *Canto Secular*. Desde la publicación de sus tres libros de *Odas*, trabajó también en el pri-

mer libro de las *Epístolas*, que estaría concluido hacia el año 20. A éstas añadió las tres epístolas literarias que forman el libro segundo y que fueron escritas del 19 al 14. Del 17 al 13 compuso por fin su libro cuarto de *Odas*.

Mientras tanto, a lo largo del Imperio se extendía un período de paz, que había sido acogido con mayor alborozado entusiasmo por cuanto que venía a culminar todo un siglo de discordias entre conciudadanos.

Y por fin, el 27 de noviembre del año 8 a.C. murió Quinto Horacio a los cincuenta y siete años de edad. Había nombrado públicamente a Augusto como heredero, aunque la rapidez de su enfermedad no le permitió sellar las tablillas. El mismo año, sólo unos meses antes, había muerto su amigo Mecenas. Tan corto espacio de tiempo mediando entre la muerte de ambos, ya lo había previsto curiosamente el poeta en la oda XVII de su segundo libro: «iré, iré tan pronto como tú te me adelantes, dispuesto a emprender contigo el último viaje». Los poetas vaticinan cosas de éstas, ya se sabe (también Machado dijo aquello de: «y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, / casi desnudo como los hijos de la mar», y acertó). Fue enterrado en el Esquilino, junto a la tumba de Mecenas.

Era pequeño y obeso, en abierta contradicción, ¡oh ironía!, con su *cognomen*: *Flaccus*; como tal lo define el propio Augusto en otra epístola, citada por el biógrafo, con palabras que descubren la faceta humorística del príncipe: «te falta estatura, pero cuerpecillo no te falta». Se tiende a ver el retrato suyo en un relieve proveniente de Roma y conservado en el Museum of Fine Arts de

Boston, que lo presentaría sentado bebiendo a la sombra de una parra, al filo de sus cuarenta y cinco o cincuenta años, con cabeza redonda, cabello corto y rizado, y frente despejada. En cuanto a su carácter, nada mejor que una lectura de sus obras para hacerse una idea: tranquilo aunque irritable por momentos, humilde, leal, afectuoso pero independiente, perspicaz, meticoloso, amante del campo y, a su tiempo, de los placeres. Dice la *Vita* que, según rumores (muy propio de Suetonio), en lo amoroso era intemperante, y añade una cierta anécdota de espejos en la habitación. Los que no creen en la total sinceridad de su conversión a la causa de Augusto lo llaman oportunista y servil, pero no hay razones para tal desconfianza. En la esfera de lo religioso, él mismo manifiesta haber sido «parco y poco asiduo adorador de los dioses» en sus días jóvenes, pero más devoto de ellos en su madurez. Un hombre, en fin, en la encrucijada de dos mundos, como todos los de su época; y en la entrevía, como tantos otros, del placer y la virtud, o mejor dicho: en los dos caminos simultáneamente.

Obra literaria. Los *Epodos*

En cuanto a su obra poética, según lo expuesto anteriormente, distinguimos dos períodos, en cada uno de los cuales combina su dedicación a lo discursivo y a lo lírico alternativamente. Así, en un primer período, que abarca desde el año 41 hasta el 30, compone, por una parte, las *Sátiras*, poesía crítica y conversacional (precisamente llamadas también *Sermones*, es decir, «charlas»), con abun-

dantes elementos filosóficos y biográficos, siguiendo las pautas marcadas para el género por el poeta romano Lucilio, un siglo anterior a Horacio, y escritas en hexámetros; y, como contrapunto lírico, aunque también con ciertos rasgos comunes, como es el tono mordaz y punzante, escribe el libro de los *Epodos*, del que a continuación hablaremos con más extensión. En su segundo período, que va desde el año 30 hasta el año 13, en que parece abandonar todo cultivo de las letras, escribe los cuatro libros de *Odas*, poesía lírica, como antes hemos precisado, y los dos libros de *Epístolas*, también en hexámetros: como las *Sátiras*, cuyos ingredientes temáticos predominantes son los consejos morales a sus amigos, la meditación filosófica, alguna que otra anécdota personal y, muy especialmente, la crítica literaria, llevada a su culmen y perfección sistemática en la tercera epístola del libro segundo, dirigida a la familia de los Pisones y más conocida por *Arte Poética*, que ha tenido, junto a la *Poética* de Aristóteles, una larga influencia en la literatura occidental como manual de preceptiva literaria.

Seguidamente atenderemos a las dos obras líricas objeto de nuestra traducción, *Epodos* y *Odas*.

El género de los *Epodos* constituye, dentro de la lírica, un tipo especial: es en su origen lírica de maldición e injuria, poetización del insulto.

El creador de tal estofa literaria es el poeta griego Arquíloco de Paros (siglo VII a.C.), quien, partiendo de prototipos populares —recuérdese que también la injuria era componente de ciertos tipos de poesía popular latina como los *fescennini versus* o las canciones que cantaban los soldados a su general—, usó los dardos de

su invectiva poética contra Licambes por haberle negado la mano de su hija Neobule, de la que el poeta estaba enamorado. El mismo Horacio se confiesa su seguidor (*Epod.*, VI, 11-13, y *Epist.*, I, 19, 23-25). En el mismo *Epodo* VI invoca como antecesor a Hiponacte de Éfeso, otro yambógrafo griego del siglo VI a.C. En la comedia antigua de Éupolis y Aristófanes se hallaba asimismo difundido un tono invectivo semejante al que domina en esta obra. Y dentro ya de la literatura latina, precedente suyo para los *Epodos* –como mucho más lo estaba siendo para las *Sátiras*– fue Lucilio, padre de la sátira romana y maestro en el arte del dicterio. Evidente parece incluso que para el II y el XVI utilizara Horacio una obra de muy distinto espíritu al de la suya, las *Bucólicas* de Virgilio, que a fines del año 39 ya habían visto la luz, testimoniándose así una temprana devoción por tan señero poeta.

Siendo muy frecuente en toda la colección el tono injurioso del que hablamos (así, por ejemplo, el III, breve suma de improperios contra el ajo; el IV, contra un liberto enriquecido; el VIII, contra una vieja lasciva; el X, contra el poetastro Mevio), hay algunos poemas que, aunque con cierto aire de acritud, escapan, desde luego, al vituperio. Dos de ellos son los que decimos endeudados con Virgilio (y ésa podría ser precisamente una razón del desvío): el II y el XVI, curiosamente los más citados, conocidos e imitados. En el II, el famosísimo *Beatus ille*, toda la bendición lanzada en pro de la vida del campo queda incluida, mediante un simple toque de ironía en sus cuatro versos finales, en el marco de una ridiculización, sin que, sin embargo, tal manejo desvirtúe

las alabanzas campestres propiamente dichas². El XVI, uno de los más bellos especímenes del lirismo horaciano, contiene, como el VII, protestas contra la guerra fratricida y está marcado por un lóbrego tinte de pesimismo; las maldiciones lanzadas contra la ciudad eternamente belicosa se alían con la esperanzada pintura de unas tierras felices allende el océano, hacia las cuales propone escapar el poeta. Dos más, el V y el XVII, referentes al tema hechiceril en general y a la bruja Canidia en particular, acaso testimonian una confluencia o contagio de dos términos etimológicamente no dispares: ἐπωδή (= conjuro mágico) y ἐπωδός (= verso o grupo de versos añadido a una serie anterior; y también nombre genérico del tipo de poemas que nos ocupa).

En cuanto a la característica formal más destacable del género, ésta es su composición en dísticos, mayoritariamente de naturaleza yámbica (trímetro el primer verso y dímetero el segundo: así en los diez primeros poemas), por lo que la colección es conocida también con el nombre de «Yambos», con el que el propio Horacio se refiere a ella. No obstante, como variantes al esquema regular, hallamos combinaciones de ritmo yámbico con ritmo dactílico.

Con su definitiva incorporación al círculo de Mecenas, con el obsequio que Mecenas le hizo de la quinta en Sabina, fuente de sosiegos para él, y el propio transcurso del tiempo que va robando fuerzas a la juventud, su ánimo se fue calmando y predisponiendo para el cultivo de

2. Cfr. J. de Echave-Sustaeta, «Horacio desde dentro: el secreto del *Beatus Ille*», *Anuario de Filología*, Barcelona, 1975, pp. 59-65.